

TRADICIONES CULTURALES Y EVOLUCION EN PATAGONIA

Luis Abel Orquera

El tema de esta comunicación está constituido por algunas reflexiones acerca de la prehistoria de Patagonia que estaban destinadas a ser presentadas en la mesa redonda sobre las industrias más antiguas de esa sub-área de nuestro territorio. Parto para ellas de la base de que la arqueología, si realmente quiere merecer el calificativo de científica y no constituir simplemente un ejercicio de imaginación, ha de apoyarse sobre observaciones debidamente controladas y documentadas y sobre hipótesis formales que estén verificadas. Sin embargo, la mayor parte de las "hipótesis" que circulan en cuanto al pasado prehistórico de esa sub-área no pasan de ser simples conjeturas sobre circunstancias de hecho. En tal caso, no podemos someterlas a constatación, sino únicamente evaluar su mera plausibilidad. Tal evaluación, empero, debe tener lugar en el marco de alternativas posibles. En la investigación del pasado prehistórico de Patagonia, esa posibilidad de respuestas alternativas ha sido muy frecuentemente olvidada. Así es como se dan por aceptados —y fundamentales— datos cuya interpretación dista de ser segura.

En primer término, el esquema básico de organización de los datos sigue estando constituido por la coexistencia de dos tradiciones culturales: la Epiprotolítica y la Mioepimiolítica (Menghin, 1952 y 1957 b). Una y otra, integradas por industrias diversas, se habrían desarrollado paralelamente, desde el momento del primer poblamiento humano en Patagonia hasta ya entrado nuestro milenio, interdigitándose en toda la extensión de la sub-área sobre la base de una distinta intensidad en la explotación del ambiente: unos serían cazadores y recolectores inferiores, otros cazadores superiores.

Esa coexistencia en cuatro dimensiones —a todo lo largo y ancho de Patagonia, durante toda su historia precolombina y con relación a unos mismos recursos— resulta realmente curiosa. Si recordamos que los utensilios que los arqueólogos manejamos no existen como entidades inmanentes, explicadas en un sistema cerrado, sino como indicios de la actividad y del comportamiento de grupos humanos realmente vivientes en el pasado, tendríamos que aceptar que hubo

* Comunicación presentada en el Séptimo Congreso Nacional de Arqueología Argentina (San Luis, 6 al 10 de noviembre de 1982).

dos grupos humanos diferentes que durante doce mil años compitieron por la utilización de recursos idénticos o muy parecidos —por cierto que bastante escasos— sin diferenciarse territorialmente de manera clara, sin influirse, sin que imaginemos cómo uno pudo complementar al otro, y sin que uno de ellos eliminara o absorbiera al otro. Esa situación parece contradecir todo cuanto sabemos sobre el comportamiento humano grupal en este planeta.

Veamos en consecuencia los datos sobre los que se apoya ese esquema bipartito. La evolución de la Tradición Mio-epimiolítica (fases Toldense, Casapedrense, Patagoniense, sus facies regionales y sus equivalentes próximos al estrecho de Magallanes) parecen constituir un esquema sólido. Esas fases están comenzando a ser conocidas con alto grado de detalle (Aschero, 1975; Aguerre, 1978 y 1979; Gradín y otros, 1977 y 1981; Cardich y otros, 1973; Cardich y Flegenheimer, 1979, etc.), los datos están bien documentados, las interpretaciones permiten pocas alternativas, y los interrogantes que quedan por resolver, si bien son numerosos, no parecen alcanzar la magnitud de lo inmanejable. Tampoco el tipo adaptativo propuesto —dependencia de la cacería de guanacos, complementada con otros recursos faunísticos y, en mucho menor grado, vegetales— plantea muchas dificultades de aceptación. Distinto es el caso de la llamada Tradición Epiprotolítica; a ella deberemos prestar mayor atención.

LA "INDUSTRIA NEUQUENSE"

Piezas clave para la construcción de la Tradición Epiprotolítica son las facies industriales que han recibido los nombres de Neuquense, Protosanmatiense y Riogalleguense. Como es sabido, la primera de esas industrias fue identificada como consecuencia de las investigaciones llevadas a cabo sucesivamente por Marcelo Bórmida y Amalia C. Sanguinetti de Bórmida en las cuencas de los ríos Limay y Neuquén en los años 1969 a 1972. Como resultado de características tecnológicas y de la posición sobre las diversas terrazas abandonadas por los ríos a medida que profundizaban sus respectivos cauces, Sanguinetti de Bórmida subdividió los hallazgos en varias entidades, supuestas fases y subfases de una secuencia local: Neuquense I, Neuquense II y Protosanmatiense (Sanguinetti de Bórmida y Schlegel, 1972).

De datos proporcionados por Sanguinetti de Bórmida en diversas publicaciones y comunicaciones en congresos es posible extraer esta imagen general de las características definitorias de esa industria:

- 1) predominio cuantitativo del instrumental sobre guijarro frente al instrumental sobre lasca;
- 2) reducción de este último a prácticamente nada más que lascas con rastros de utilización sobre filos naturales; inexistencia o bajísima proporción de utensilios sobre lasca con retoque intencional (*);

(*) Sin embargo, Sanguinetti de Bórmida y Schlegel incluyen explícitamente dentro de la industria Neuquense los materiales de la terraza alta de la margen derecha de Portezuelo Grande (1972, págs. 101-102), que a mayor abundamiento fueron los primeros que Marcelo Bórmida identificó como representativos de la nueva industria. El estudio llevado a cabo por Luisa Mastrángelo, empero, indica que 16 de los 46 presuntos utensilios son instrumentos sobre lasca con retoque intencional. Como bien lo señaló Mastrángelo (MS), las proporciones de las diversas categorías son más propias de un Sanmatiense.

- 3) ausencia de bifaces en el "Neuquense I" y baja proporción de bifaces incompletos en el "Neuquense II";
- 4) aparición a alturas de 45 o más metros sobre el actual nivel de los ríos.

Sobre esa base es posible señalar algunos datos cuya interpretación no es unívoca:

- 1) la tipología lítica;
- 2) la caracterización del tipo de asentamiento;
- 3) la cronología;
- 4) la discriminación entre fases.

En la "industria Neuquense", la preparación de los utensilios líticos habría sido extremadamente rudimentaria: apenas unos pocos golpes de una piedra contra otra habrían bastado para conformar un rústico borde en los utensilios sobre guijarro, y las lascas de esa manera desprendidas eran a veces aprovechadas por sus filos en estado natural, sin someterlas a otra preparación. Muy contados fueron los casos en los que esos bordes fueron retocados de manera intencional: en el sitio LG 1 apenas una de cada siete lascas que fueron *usadas*.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que la diferencia entre un utensilio sobre guijarro, un cepillo y un núcleo es a menudo en la práctica mucho más difícil de determinar que en la teoría. He visto en varios museos piezas remitidas por el Instituto de Antropología de la Universidad de Buenos Aires bajo las primeras catalogaciones, que me producen una muy seria impresión de ser ubicables en realidad en el otro lado de la frontera, o sea sobre la vertiente que da hacia los núcleos. Por supuesto, es posible que esto no se aplique a la generalidad de los casos, pero creo que se impone una revisión a fondo de este aspecto del problema.

Un segundo aspecto es que la caracterización de la "industria Neuquense" como fase cultural parte de una premisa tácita: que en *todos* los yacimientos arqueológicos están representadas *todas* las actividades del grupo humano que alguna vez ocupó el sitio. Esa presunción es altamente cuestionable, con referencia a todos los niveles de desarrollo cultural, aun los paleolíticos. Es muy factible que los grupos cazadores hayan cumplido actividades diferentes en lugares diferentes: sitios de campamento, apostaderos de caza, sitios de cantera, sitios de taller, paraderos de tránsito, lugares de explotación específica de algún otro recurso. Es obvio que el material abandonado no será el mismo en todas partes, y que en algunos de ellos habría sido necesario emplear únicamente implementos de morfología muy tosca.

De hecho, antes que suponer que la extraordinariamente rústica "industria Neuquense" representa el instrumental con el que se satisfacían todas las necesidades de la vida en un ambiente tan avaro en recursos como lo es el de las bardas neuquinas, resulta muy plausible y verosímil que constituyan únicamente vestigios de aprovisionamiento de materia prima. Una incursión breve a un sitio de cantera para buscar roca adecuada y, a lo sumo, practicar simultáneamente algunas actividades de subsistencia elemental no obligaba a trasladar toda la parafernalia doméstica. Dado que en un sitio de aprovisionamiento de materia prima lo que importa es lo que se lleva, tomar los restos allí abandonados como imagen de la totalidad cultural de un grupo distorsiona la realidad.

Tampoco en este caso estoy efectuando una aseveración concreta respecto de los sitios "neuquenses": no estoy afirmando que hayan sido realmente sitios

de cantera. Sólo estoy señalando que, mientras no se excluya por algún medio esa posibilidad, resultará más plausible y "económica" que suponer la pervivencia en la región de un grupo recolector con una tecnología extraordinariamente insuficiente e inapropiada para los recursos disponibles. El instrumental total no necesariamente debió ser mucho más complejo, pero sí al menos algo más diversificado.

También la cronología propuesta merece serios reparos. Concedo que en medio de esos yacimientos nunca aparecen fragmentos abandonados o piezas frustradas que denoten una técnica lítica superior, y por lo tanto parece poco probable que estén relacionados con grupos cazadores recientes. Pero esto no significa aceptar ineludiblemente la antigüedad que ha sido sugerida por sus descriptores (8000 a 10000 años a. C.). Nuevamente debemos examinar presunciones nunca explicitadas, pero necesarias para aceptar esa especulación:

- 1) que los conjuntos "neuquenses" representan instrumentales totales, y que por lo tanto constituyen un fiel reflejo global de la forma de vida de sus autores;
- 2) que en el límite Pleistoceno-Holoceno se produjo un cambio ambiental drástico y casi cataclísmico, con repercusiones simultáneas en absolutamente todo el planeta, o por lo menos en la región donde se producen estos hallazgos.

Los restos "neuquenses" aparecen hoy en páramos pedregosos, desprovistos de agua, azotados por el viento y con vegetación rala y achaparrada. En tales condiciones, es en efecto difícil imaginar cómo pudo ser la vida de gentes con tecnología tan rústica, y resulta lícito preguntarse si en el pasado el ambiente no habrá podido ser algo diferente. Sin embargo, aceptar la antigüedad de diez mil a doce mil años sugerida para los artefactos "neuquenses" implica adherir a un razonamiento circular: los restos arqueológicos datarían de esa época porque se supone que entonces las condiciones ambientales de la región habrían sido diferentes de las actuales, y hace diez a doce mil años las condiciones ambientales de la región habrían sido diferentes de las actuales porque de esa época encontramos utensilios que demuestran que la región estaba habitada. La realidad, empero, es ésta:

- 1) hemos visto que los conjuntos "neuquenses" no necesariamente corresponden a instrumentales totales, por lo que la subsistencia de sus autores no dependía de los recursos que se encuentran alrededor de los yacimientos;
- 2) ningún indicio concreto ha sido presentado hasta ahora en aval de la presunción de que hace diez mil o doce mil años las condiciones ambientales de la región fueran diferentes de las actuales. Si acaso se pensara en el glaciario, la última glaciación no pasó del extremo oriental del lago Nahuel Huapí, a 300 km del lugar más próximo de hallazgo de estos artefactos; además, es probable —por datos de Chile a la misma latitud, del lago Argentino y del estrecho de Magallanes— que la retracción del hielo a sus límites actuales estuviera cumplida en gran medida en el 10 000 a. C., sino antes (Mercer, 1975, págs. 156-157; 1970, pág. 155; 1968, págs. 95 y 96). Parece poco probable que las cuencas del Chocón y de Cerros Colorados hayan constituido zonas periglaciales, y en todo caso los indicios nunca han sido denunciados.

En cambio, es un hecho que Limay y Neuquén han profundizado sus cauces a través de las rocas que forman el paisaje de la región. De esto es posible deducir que, cuando corrían por niveles más altos, el régimen de aguas freáticas pudo ser diferente del actual. Así es como, a su turno, se puede suponer que en otros tiempos (¿hace cuánto tiempo?) habrían existido en la región manantiales hoy secos por el descenso de nivel de las aguas subterráneas. Esas fuentes de agua potable habrían permitido quizás una vida vegetal y animal algo más densa de la que conocimos hace unos pocos años. Sería lógico pensar que en torno de ellas se hubiesen agrupado los seres humanos al penetrar por vez primera en la región. Todo esto es posible, pero lamentablemente no hay un solo dato disponible que indique cuál es el ritmo de profundización seguido por los ríos, y por consiguiente en qué momento del Pleistoceno o del Holoceno corrieron por niveles que permitieran una subsistencia humana "normal" en altitudes como las ocupadas por los yacimientos "neuquenses".

Por otra parte, si la materia prima buscada estaba constituida por los "rodados tehuelches", y es muy difícil que éstos aparezcan a menos de 40 m sobre el actual lecho de los ríos Neuquén y Limay, es igualmente improbable que se encuentren "talleres" a altura menor. Esto quita todo valor cronológico a la ubicación altimétrica de los sitios "neuquenses".

En síntesis: mientras no se encuentren formas de datación independiente para estos conjuntos, o se demuestre el fundamento de las que se han ensayado, la cronología propuesta por Bórmida y Sanguinetti de Bórmida debe quedar sujeta a caución.

Por último, hay que mencionar que, salvo Los Guadales 1 (Aguerre, 1975, pág. 171), los sitios "neuquenses" han proporcionado conjuntos instrumentales pequeños. No llegan al umbral mínimo de cien piezas requerido para aplicar el método estadístico (Bordes, 1950, pág. 23): por lo tanto, no podemos eliminar a priori la incidencia del azar en su composición. Para configurar una industria distinta, la discrepancia tipológica debe ser contrastada —y confirmada— con algún otro elemento de juicio. El estudio tipológico es un paso insoslayable, pero no suficiente. Reitero que excluyo la posibilidad de que los sitios "neuquenses" representen facies de taller del Norpatagoniense o de alguna otra industria con puntas de proyectil; sin embargo, a título de duda metódica, la diferenciación con el Protosanmatiense no es clara (y es de hacer notar que, en cuanto a contenido tipológico y magnitud numérica de los conjuntos, la presunta industria Protosanmatiense resulta mucho más viable como representativa de un espectro relativamente amplio de actividades). El artículo de Aguerre (1975) constituye un importante primer paso hacia la definición de distinciones tipológicas concretas y específicas, en tipos indicadores y en estructura tipológica, entre "Neuquense" y Protosanmatiense. Pero esas disimilitudes pueden deberse a muchas razones. Entretanto:

- 1) no parece haber disparidades significativas en cuanto a la materia prima empleada;
- 2) el estado nebuloso de la cronología impide que la usemos como criterio diacrítico; y
- 3) la diferenciación topológica es nada clara: hay sitios protosanmatien- ses a altitud tanto menor como mayor que los "neuquenses".

Tampoco son convincentes por solo efecto de presencia las afirmaciones en cuanto a la distinción entre "Neuquense I" y "Neuquense II". Fuera de la existencia en el segundo de unos pocos bifaces toscos con reserva de corteza (cuya real índole sería interesante indagar), en ningún momento se dijo en qué consistía con precisión el aspecto "técnicamente más elaborado" y "tipológicamente más elaborado" que caracterizaría a esa supuesta subfase. Por lo tanto, queda abierta la puerta a varias posibilidades: una es que la diferencia se deba simplemente al escaso tamaño de las muestras de utensilios sobre las que se construyó la imagen del "Neuquense I", y otra es que la distinción refleje meramente la diversidad de materias primas empleadas (en las proximidades del río Neuquén la materia prima predominante es el basalto, y en los alrededores del Chocón lo son los materiales silíceos).

LA "INDUSTRIA RIOGALLEGUENSE"

De las industrias líticas cuya existencia ha sido denunciada para el actual territorio argentino, el Riogalleguense es una de las más fantasmales. De pocas se ha hablado tanto con tan escaso sustento fáctico, y aun hoy no se ha terminado de obtener a su respecto una visión que podamos considerar a medias aproximada.

Vignati fue el primero en sostener la existencia en Patagonia de facies coetáneas pero morfológicamente diferentes entre sí, constituida una de ellas por artefactos tipológicamente muy rústicos (Vignati, 1934, págs. 99-103). En 1952 Menghin anunció el hallazgo en diversos sitios de instrumental tosco (1952), pág. 27) y, como consecuencia de un nuevo viaje por Patagonia (en 1953), regresó a Buenos Aires con una pequeña colección de objetos líticos reunidos en sitios diversos de la cuenca del Gallegos: en su mayoría no pertenecían a tipos definidos. Sobre esa base creó la noción de "industria Riogalleguense", a la que caracterizó de manera sucinta en 1957 y 1960; alusiones aun más breves tuvieron lugar en otras ocasiones. Sobre esa base podemos decir que la "industria Riogalleguense":

- 1) está confeccionada con lascas extraídas de cantos rodados;
- 2) está constituida por "formas toscas de raederas y raspadores, un perforador tosco y artefactos atípicos parecidos a azuelas" (en la terminología de Menghin, "azuela" equivale a "chopping-tool");
- 3) aparte de ello, se trataría de una "típica industria del hueso de morfología protolítica" (1957 a, pág. 23; 1960, pág. 22);
- 4) aparece sobre las terrazas altas del río Gallegos (30 m), pero a esta industria corresponderían también los escasos hallazgos de la gruta Eberhardt, los de Bird en la fase II de Fell y Palli Aike, los ya aludidos de Vignati y algunos otros, igualmente pobres en lo cuantitativo y rústicos en lo tipológico;
- 5) como consecuencia, podrían diferenciarse tres sub-fases: un "Riogalleguense I", que tendría entre 10.000 y 9.000 años a. C., un "Riogalleguense II" que tendría entre 8.000 y 4.000 años a. C., y un Riogalleguense III" que dataría del 4000 al 2000 a. C.

Años después, Sanguinetti de Bórmida informó que el "Riogalleguense I"

- 1) estaría formado en un 87 % por utensilios sobre lasca muy atípicos;
- 2) al aparecer también en la terraza de 15 m del río Gallegos, su antigüedad sería menor que la supuesta por Menghin: alrededor de 7.000 ó 7.500 años a. C. (Sanguinetti de Bórmida, 1972).

No es mucho más lo que está publicado en concreto sobre esta "industria Riogalleguense", pese a lo cual reiteradamente se le ha atribuido enorme importancia en la dinámica del poblamiento prehistórico de Patagonia (Bórmida, 1962, pág. 54; 1964, págs. 48-49, 62 y 96; 1969, pág. 108; Menghin, 1963, pág. 73; Sanguinetti de Bórmida, 1965, pág. 6; Bórmida y Etcheverry, 1966, pág. 2; en sentido algo diferente: Sanguinetti de Bórmida, 1972, pág. 105).

Ahora bien: una configuración industrial puede ser definida sobre la base, sea de su estructura tipológica estadística (lo más correcto), sea por la presencia de determinados rasgos estilísticos de alto valor diagnóstico. En el caso de la "industria Riogalleguense" no se cumple ninguno de esos requisitos:

- 1) no podemos criticar a Menghin por no haber efectuado un análisis estadístico en años anteriores a 1960, pero el hecho es que ese dato no existe. Sanguinetti de Bórmida denunció un 87 % de utensilios sobre lasca, pero no informó cuál es el tamaño de la muestra examinada, ni proporcionó datos estadísticos sobre tipos en particular. Las muestras son resultado de la acumulación de hallazgos recolectados sobre grandes extensiones, con lo que no se cumple el principio de cohesión que está implícito en el método de recolección por pequeñas áreas para que tenga validez;
- 2) a falta de estudio estadístico, se podría recurrir a tipos indicadores. Pero ninguno de los que integrarían esta industria tiene valor taxonómico diagnóstico. Ni las raederas, ni los chopping-tools, ni las lascas usadas con filos en estado natural, ni el "perforador tosco" tienen esa virtualidad: se trata de formas genéricas, que pueden aparecer en las industrias más diversas. El supuesto instrumental óseo no sería más valioso: respecto de las culturas protolíticas del hueso —entre las que incluyó al "Riogalleguense"— Menghin dijo: "La dificultad para reconocer estas primitivas industrias es extraordinariamente grande, pues en su mayor parte están representadas por huesos utilizados —pero no trabajados intencionalmente— y por material lítico completamente atípico" (1957 a, pág. 17). Huesos así, empero, aparecen entre los restos dejados por cualquier grupo cazador, cualquiera que sea su cultura, siempre que las condiciones de conservación lo permitan.

Pese a la aparente imposibilidad de definir claramente el "Riogalleguense", Menghin no trepidó en intentar comparaciones y en subdividirlo. El primero de esos intentos es indiscutiblemente riesgoso:

- 1) es imposible intentar comparaciones cuando se desconoce cómo está constituido en realidad uno de los términos de la comparación;
- 2) mucho mayor es la imposibilidad cuando el segundo término de la comparación no ha sido descrito más que superficialmente (la fase Magallanes II) o es prácticamente inexistente: los hallazgos de la gruta Eberhardt son escasísimos, *proviene todos de situación estratigráfica insegura*, y la comparación sólo podría ser intentada con una raedera y dos objetos indefinidos de piedra tallada; el resto son algunos punzones y una pie-

za espatuliforme óseos hallados por Hauthal y por Hammerly Dupuy (insisto: sin control estratigráfico). Ante su total falta de rasgos específicos y la ignorancia de hecho sobre materiales de ese tipo en el Riogalleguense, mal puede establecerse una similitud;

- 3) carece de todo sentido intentar comparaciones sincrónicas por la vía únicamente negativa (es decir, apoyándose únicamente sobre la ausencia de rasgos típicos). En esa dirección, todo a lo que sería posible llegar sería decir que la supuesta "industria Riogalleguense" se define por no ser definible.

En cuanto a la cronología:

- 1) el hecho de que algunos hallazgos de la terraza de 30 m del río Gallegos hayan aparecido a 30 cm de profundidad, por debajo de una capa de humus, no proporciona por sí solo indicio alguno de antigüedad. No hay forma posible de calcular a priori el ritmo de sedimentación o de formación de humus;
- 2) Sanguinetti de Bórmida se apoya sobre la correlación de la terraza fluvial de 15 m con la terraza marina de igual altura para determinar —a través de la curva de movimientos eustáticos del nivel del mar propuesta por Auer— una antigüedad en el octavo milenio a. C. Pero esa curva carece de todo valor (Orquera, 1979-1980);
- 3) en todo caso, cuando los hallazgos son de superficie, la atribución de antigüedades por ubicación sobre terrazas diferentes es riesgosa, porque la determinación de antigüedad mínima no existe (Orquera, 1982);
- 4) luego de expresada la imposibilidad de efectuar una comparación morfológica válida entre la supuesta "industria Riogalleguense" y los hallazgos de la cueva Eberhardt, resulta evidente que carece de sentido fundar sobre esa comparación una estimación cronológica de la primera. De igual manera, el material de la fase Magallanes II, aunque bien datado, es demasiado mal conocido y atípico para intentar otra evaluación de esa índole para los hallazgos de las orillas de lagunas dispersas por Patagonia continental que configuran el pretendido "Riogalleguense II". En cuanto al "Riogalleguense III", debe recordarse que Menghin calculó su antigüedad sobre la base de que Hauthal encontró "raspadores y cuchillos" por debajo del nivel del agua en el lago Belgrano, en Santa Cruz (Outes, 1905, pág. 506), de lo cual Menghin dedujo una fluctuación en ese nivel, la correlacionó con la secuencia climática del Nahuel Huapí —resultado de la proyección por Auer de datos de Tierra del Fuego— y esto a su turno con el hallazgo por Emperaire de "elementos amigdaloides" sobre la terraza de 6 m de la región insular chilena (a los que no identificó, pero podemos suponer que son los de Ponsonby). En una cadena tan extensa de eslabones enteramente endebles, sólo por casualidad se puede esperar que el resultado final corresponda a la realidad; por lo pronto, el radiocarbono no ha confirmado las antigüedades propuestas por Auer para la secuencia climática del Nahuel Huapí (Auer, 1970, pág. 107; 1974, pág. 121; *Radiocarbon*, vol. 11, pág. 586), y toda proyección de los datos de Auer sobre Tierra del Fuego hacia el norte de la cuenca del río Gallegos es altamente cuestionable (Orquera, 1979-1980).

No criticamos a Menghin por la vaguedad de sus datos o por lo endeble de la lógica con que armó sus correlaciones. Todos los comienzos de la investigación se caracterizan por la imprecisión y la falta de especificidad. Abrir caminos es meritorio. Pero treinta años después no podemos seguir considerando sus conjeturas como verdades comprobadas. Por lo pronto, enfrentados ante los escasos datos, hay que plantear el interrogante de si no habrá otras interpretaciones alternativas más fáciles de aceptar. En lugar de suponer la extraña subsistencia de un grupo humano sobre la base de tecnología tan ineficiente en ambiente tan poco apto y ya ocupado por gentes con instrumental más avanzado, nuevamente se plantea la duda de si no estaremos ante pequeños conjuntos arbitrariamente abstraídos de su contexto, obra en realidad de bandas nómades cuyo instrumental total identificamos de otra manera. Por lo pronto, el conjunto "riogalleguense" mejor descrito e ilustrado sigue siendo el que encontró Vignati en Rincón Chico (Vignati, 1934), y es evidente que se trata de una localización de taller. Una vez más hay que recordar que no en todos los sitios quedan muestras representativas de la totalidad de actividades de un grupo, y que nada obligaba a esas gentes a depositar un fósil-guía en cada paradero de sus desplazamientos.

Tal vez el futuro traiga la confirmación de la existencia autónoma del "Riogalleguense": no sería la primera intuición de Menghin que con posterioridad queda comprobada. Pero la Arqueología debe trabajar con demostraciones y razonamientos, no con intuiciones. Entretanto no dispongamos de las necesarias constataciones, conviene tratar la composición del "Riogalleguense" como a una incógnita que admite otras interpretaciones, su subdivisión en subfases como a una posibilidad no verificada, su cronología como a una simple suposición y, en suma, su existencia misma en cuanto entidad arqueológica autónoma como a un hecho bastante improbable.

LAS INDUSTRIAS DE LA COSTA NORDPATAGONICA

En el caso de otras industrias de Patagonia para las que se ha propuesto raigambre epiprotolítica, la caracterización —y la aceptación de su individualidad— son más defendibles. Es el caso de las industrias Protosanmatiense, Sanmatiense, Puntarrubiense y Norpatagoniense. Esto no implica negar que un futuro estudio más a fondo de alguna de ellas pueda tornar plausible otra interpretación; pese a las argumentaciones de Bórmida (1964, pág. 34; 1969, pág. 42), bien puede ser que Sanmatiense y Puntarrubiense sean facies litorales de industrias cuyas otras manifestaciones estén en el interior, y que sus características peculiares se deban únicamente a la materia prima disponible localmente y al tipo de subsistencia que era factible en el tramo de costa donde esas industrias aparecen. Sin embargo, provisionalmente aceptaré que puedan ser industrias autónomas. También puedo aceptar que su división en subfases, construida por Bórmida sobre la base del interjuego entre tipología y topología, tiene cierta verosimilitud. Esto en manera alguna significa aceptar la cronología propuesta: deducida como está de la curva de Auer, a cuya total inviabilidad ya he hecho referencia, la antigüedad de esos conjuntos constituye una impenetrable incógnita.

En el caso del Norpatagoniense costero, su división en subfases (Bórmida, 1964, págs. 81-90) no es aceptable: el criterio tipológico no luce tan claro, no

hay confirmación topológica, y todo parece reducirse a un pre-juicio en cuanto a la aparición escalonada de la alfarería y de los microlitos. En el caso del presunto "Jabaliense", toda consideración de él debe quedar en suspenso mientras no se halle en alguna parte un conjunto similar al de San Blas que denote recurrencia de pautas; mientras ello no ocurra, aun aceptando conjeturalmente la corrección de las denominaciones tipológicas e interpretaciones funcionales implicadas (otro hecho abierto a dudas), tal conjunto debe ser atribuido a alguna causa circunstancial y no significativa que habría influido sobre las actividades cumplidas en ese lugar particular.

LAS INDUSTRIAS MIO-EPIMIOLITICAS

Al considerar la prehistoria de Patagonia —y de cualquier otra área del mundo— hay que precaverse contra la consideración de los niveles estadiales de manera a la que podemos llamar "saltatoria" (usando un neologismo que tiene sentido en Biología). Es muy frecuente, en efecto, considerar a los estadios como escalones o rellanos: alcanzado uno de ellos, la evolución parece detenerse hasta que se produce el salto hasta el siguiente. Aunque explícitamente se la niegue, esa concepción a menudo inficiona subterráneamente nuestro enfoque de la Prehistoria. Sin embargo, es distorsionante y fundamentalmente antievolucionista. Los estadios son en realidad tramos de evoluciones graduales y continuas, y en las fases culturales que atribuimos a cada uno debemos continuar rastreando el proceso de ajuste creciente. Aplicado a Patagonia, esto significa que las fases de cazadores "superiores" no estuvieron en un comienzo tan adaptadas al ambiente como al final, y que los cambios no representaron solamente valores de permutación ordenados históricamente. Por el contrario, el instrumental de esa tradición cultural refleja claros avances hacia una mayor especialización y estandarización.

Si, como consecuencia de lo dicho anteriormente, tomamos a la llamada Tradición Cultural Mio-epimiolítica (probablemente haya que buscarle otro nombre) como espina dorsal de la prehistoria de Patagonia, encontramos que sus primeras manifestaciones merecían poco y nada el rótulo de especializadas. Esto es evidente —y está claramente explicitado desde un comienzo— en el caso del Nivel 11 de Los Toldos; pese a ello, Cardich y Flegenheimer señalan acertadamente que en esa industria estaban dadas las condiciones para que a partir de esa base surgiera otra más evolucionada como lo fue la industria Toldense (Cardich y Flegenheimer, 1979, pág. 241). En cambio, la industria que sigue en orden de antigüedad, la fase Magallanes I, suele ser presentada como obra de cazadores superiores indiscutibles, ya plenamente configurados como tales. Sin embargo, si hacemos excepción de las puntas de proyectil de piedra tallada, muy poco hay en esa industria que caracterice a cazadores especializados:

- 1) no hay hojas sino, al parecer, sólo lascas;
- 2) fuera de las puntas mencionadas (y, tal vez, de los intrigantes discos de piedra alisada) no hay utensilios de gran especialización;
- 3) fuera igualmente de las puntas de proyectil, no hay indicios de estandarización manifiesta en el instrumental;
- 4) no hay pruebas de trabajo óseo refinado;
- 5) no se conocen obras de arte parietal que puedan estarle asociadas.

En consecuencia, la consideración de la fase Magallanes I como propia de cazadores especializados parece descansar solamente sobre la infundada rutina que asocia en América ese calificativo a la posesión de puntas de proyectil de piedra tallada. Sin embargo:

- 1) pese a la admiración que sentía Bird por ellas, las puntas de proyectil de Magallanes I no son tecnológicamente refinadas. En realidad, son puntas triangulares a las que se les ha esbozado un pedúnculo mediante dos escotaduras laterales no rectificadas;
- 2) la ausencia o posesión de puntas de proyectil de piedra tallada no debería bastar por sí sola para determinar una atribución estadal (Orquera, 1974, págs. 14-15).

En consecuencia, si aceptamos que la fase Magallanes I sea incluida en el nivel de cazadores especializados, debe ser con la salvedad de que representa un nivel extraordinariamente incipiente de especialización y adaptación al área. Por otra parte, ello es lógico tratándose de los primeros cazadores de un área cuya idiosincrasia de recursos aun no podía estar bien conocida.

Algo más avanzado —pero sin ser descollante en ese carácter, como pretendía Menghin (1952, pág. 37)— debe ser considerada la industria Toldense. Siguen faltando la estandarización y la especialización marcada de funciones en todo lo que no sean puntas de proyectil, así como el trabajo óseo refinado, pero a diferencia de la fase Magallanes I la gente que nos dejó la industria Toldense:

- practicaban arte parietal (Cardich y otros, 1973, pág. 113; Aguerre, 1979, pág. 44); y
- esporádicamente llegaban a confeccionar unas pocas hojas (Cardich y Flegenheimer, 1979, pág. 233).

Sería muy interesante conocer mejor la composición de la fase Magallanes III, prácticamente no descrita (Bird, 1938), pues sus autores podrían haber cumplido papel importante en la dinámica poblacional del sur de Patagonia. Si bien el material lítico conocido muestra similitudes genéricas con el Toldense (Aguerre, 1979, pág. 47), la falta de arte parietal refinado asociado y de datos sobre confección intencional de hojas ubican esa fase en nivel poco más alto —si acaso algo más alto— de especialización que Magallanes I.

El grado bajo de especialización hace que debamos considerar a todas esas fases como representativas de una sub-etapa de asentamiento y acostumbramiento al ambiente. Si es que debemos dar fe a las dataciones radiocarbónicas de los comienzos del Casapedrense (Cardich y otros, 1973, pág. 97) y de la fase Magallanes IV (Bird, comunicación personal), entre 5300 y 4000 a. C. tuvo lugar en Patagonia una segunda sub-etapa dentro de la tónica general cazadora. Sería exagerado hablar de que se produjo una “efervescencia cultural”, pero algo ocurrió en Patagonia que incitó a experimentar medios y fórmulas más eficientes de explotar el ambiente, lo cual condujo a la diversificación.

En el sur de Patagonia continental, la fase Magallanes IV representó la solución menos innovadora. La producción de puntas de proyectil pedunculadas constituye una mejora técnica en la inserción en el astil, pero no parece haber habido otros cambios: no se apeló a la técnica de hojas, por lo tanto no se estandarizó el resto del instrumental, arte parietal y tecnología ósea siguieron reducidos a mínimos. Por lo tanto, la relación cazador-presa siguió siendo relativamente poco integrada. En cambio:

- 1) en Patagonia central, la industria Casapedrense desarrolló una poderosa tecnología de hojas y una notable estandarización del instrumental. Esto indudablemente se vincula con la búsqueda de mayor eficiencia en el aprovechamiento de la materia prima y en las actividades de trozamiento y trabajo de cueros, o sea en la explotación de los recursos tradicionales;
- 2) en la porción occidental del estrecho de Magallanes y en la región del Beagle, otros pueblos a los que algunos muy endebles indicios hacen ver como quizá salidos también de la matriz Magallanes III iniciaron un veloz proceso de cambio a un ambiente diferente, con recursos de tipo muy distinto. Bahía Buena, Punta Santa Ana y el Segundo Componente de Túnel demuestran ya una plena adaptación a las nuevas circunstancias.

Esas tres líneas evolutivas tuvieron larga vida, pero una vez cuajadas su evolución parece haber sido lenta. Después de 4.000 años a. C. se habría alcanzado una situación satisfactoria, en la que el equilibrio con el ambiente no habría sufrido presiones internas o externas graves, y por lo tanto la necesidad de intentar aprovechamientos más intensivos no se hacía sentir de manera perentoria. Con todo, la fase Casapedrense se transformó en la Patagoniense, con especialización más marcada:

- 1) idiosincrasia industrial mucho más visible que en las fases antiguas;
- 2) instrumental muy estandarizado y funcionalmente especializado (raspadores cortos de filo frontal predominantes, perforadores de punta destacada, gran regularidad en la confección de puntas de proyectil con pedúnculo y aletas, raederas bifaciales);
- 3) tecnología de hojas;
- 4) arte parietal asociado (Aschero, 1975; Gradin y otros, 1981, págs. 214-220).

Todo esto indica clara eficiencia y dependencia *multidireccional* de la explotación de guanacos como recurso principal. Con todo, hay que recordar:

- a) el aprovechamiento del hueso efectuado por los autores de esa industria siempre fue escaso;
- b) los pocos datos disponibles para el norte de Patagonia indican que allí el proceso de especialización tecnológica no avanzó tanto, pues la necesidad de hojas habría sido menos sentida (Boschin y Nacuzzi, 1979-1980).

La fase Magallanes IV habría sido aun más conservativa, aunque la adopción del microlitismo dio pie a un nuevo rótulo: Magallanes V (Bird, 1938). En cuanto a la Tradición de los Canales e Islas Magallánico-Fueguinos, asentada en un refugio de gran abundancia de recursos y en cierta medida protegida contra presiones externas por el desierto patagónico, se extendió morosamente a través del tiempo sin que sus portadores se vieran incitados a nuevos refinamientos (Orquera, Piana, Sala, Tapia, 1982). Si bien los habitantes del Beagle adoptaron primero lanzas con punta de piedra tallada y luego arcos y flechas, la suposición de mayor eficiencia corre por cuenta nuestra: desde el punto de vista de ellos, no deben haber sido tan necesarios pues terminaron por abandonarlos.

Este es el panorama que puede ser deducido de los datos arqueológicos actualmente disponibles. Sin embargo, hay puntos que requieren explicación o corrección. Al parecer, en Patagonia continental, su porción central habría cumplido

el papel de núcleo innovador principal; Patagonia meridional habría sido más conservativa. Sin embargo:

- 1) es extraño que, a estar a los fechados radiocarbónicos disponibles, durante seis milenios la tecnología de hojas y el arte rupestre no hayan pasado de la porción central a la meridional, en tanto durante cuatro milenios la idea de confeccionar puntas de proyectil de piedra tallada con pedúnculo y aletas —vigente entre el río Gallegos y el estrecho de Magallanes— no haya generado imitaciones en la cuenca del Deseado;
- 2) más extraña aun resulta esa situación de recíproco aislamiento cuando se recuerda que los autores de las fases Magallanes IV-V entroncan con los habitantes de las costas del estrecho de Magallanes en los siglos XVI y posteriores (Massone, 1979), que poca duda puede haber de que los autores de la industria Patagónica fueran los antepasados directos de los habitantes de Patagonia central en el siglo pasado, y que los datos etnográficos indican —pese a esa aparente diversidad de raíces— que ambos grupos estaban estrechamente emparentados entre sí.

¿EPIPROTOLÍTICO O ARCAICO DE RAIGAMBRE EPIPROTOLÍTICA?

Si ponemos en suspenso la aceptación de la dudosa industria "Riogalleguense", nos encontramos con que los conjuntos con apariencia epiprotolítica defendibles no aparecen en toda Patagonia, sino únicamente en su porción septentrional. Esto da pie a un cambio en su enfoque. Por lo pronto, desaparece la molesta interdigitación cuya manifiesta improbabilidad ya fue señalada.

Respecto de esas industrias que superan el escrutinio, la visión canónica ve en ellas:

- 1) ausencia originaria de puntas de proyectil de piedra tallada y de piedras de molienda; adopción posterior de esos elementos por influencias supuestamente miolitizantes y paraneolitizantes. Las puntas de proyectil así adoptadas tienen forma triangular apedunculada;
- 2) ausencia o escasez de instrumental especializado para el trabajo del cuero (raspadores y perforadores estandarizados).

Es dudoso que las puntas de proyectil triangulares apedunculadas constituyan fruto de difusión desde las culturas epimiolíticas de más al sur, a menos que supongamos un origen en la antigua industria Toldense (mucho más meridional) acompañado por una reducción considerable de tamaño. En la industria Patagónica —con la cual el contacto pudo haber sido más fácil— no pudo hallarse imitación, pues la tipología de esos objetos es diferente y porque las más antiguas puntas halladas en la cuenca de los ríos Senguerr y Pinturas (Gradin y otros, 1981) son muy posteriores a las halladas por Sanguinetti de Bórmida en la cuenca del Limay, fechadas en 2450 a. C. (Sanguinetti de Bórmida, comunicación en el V Congreso Nacional de Arqueología Argentina).

Ahora bien: la agrupación de las industrias de supuesta raigambre epiprotolítica en el norte de Patagonia lleva a interrogarse sobre si, en lugar de constituir una tradición autóctona de Patagonia, no representará en realidad una expansión hacia el sur de pueblos de raigambre andina arcaica. Esto no constituye novedad: ya Bórmida (s. f., pág. 113), Austral (1965, pág. 111) y Madrazo

(1972, pág. 17) sospecharon influencias cuyanas y de Sierras Centrales sobre algunas industrias pampeanas. En esas regiones, en efecto, las puntas de proyectil triangulares apedunculadas, de aspecto más semejante a las norpatagónicas, y las piedras de molienda son abundantes; las segundas, al menos, son bastante antiguas, como que hay piedras de molienda fechadas en La Colorada de la Fortuna (San Juan) en 6210 a. C. (Gambier, 1974, págs. 62 y 86) y en el nivel inferior de Intihuasi (San Luis) en 6000 a. C. (González, 1962).

Es verdad que esos dos rasgos son insuficientes para marcar un parentesco genético. Pero la estructura general de las industrias precerámicas del Noroeste argentino y regiones aledañas —a las cuales, siguiendo a Willey, agrupamos bajo el rótulo de “Tradición Andina de Caza y Recolección”— marca una adaptación con puntos de contacto. Si esas industrias merecen el calificativo de “cazadores y recolectores especializados”, es porque lo estaban en un ambiente semiárido (en oposición a otros), no porque lo estuvieran en la explotación intensiva e integral de determinado tipo de caza. Los materiales de Intihuasi y otros similares marcan una doble dirección: eficiencia en la captura de animales, y eficiencia en el aprovechamiento de determinados productos silvestres, pero nada indica que con los animales capturados hayan hecho un aprovechamiento intensivo e integral, o que tuviesen antepasados que hubiesen atravesado por esa etapa de actividades (que son las que caracterizan al nivel miolítico). Eficiencia de caza o consumo abundante de determinada especie no equivalen forzosamente a especialización; en realidad, la simple composición numérica de los restos de alimentación es consecuencia de tantos factores que no podemos tomarla como índice confiable de especialización en el aprovechamiento de la especie aparentemente dominante. Esa especialización hay que determinarla a través de caminos indirectos.

En Intihuasi y otros sitios semejantes, en efecto, no había tecnología de hojas, los raspadores adquirieron formas especializadas sólo en tiempos relativamente tardíos, las puntas de proyectil tenían aspecto generalizado y su técnica de confección —reducción bifacial de preformas nucleiformes— es compatible con técnicas protolíticas, no había otros utensilios de piedra tallada especializados, no se conservó tecnología del hueso, no hay pruebas de asociación con arte parietal. Si pudiéramos excluir las piedras de molienda, podríamos decir que el conjunto de Intihuasi es tecno-tipológicamente menos evolucionado que el de la industria Patagónica, y esto no se debe únicamente a la materia prima.

En consecuencia, debemos deducir que esas gentes —al igual que los pueblos de la Tradición del Desierto de América del Norte y Central— adquirieron la eficiencia de amplio espectro que caracteriza al estadio Arcaico a partir directamente de bases cazadoras y recolectoras no especializadas, sin atravesar por una fase de dependencia exclusiva de un tipo de caza aprovechado intensivamente. Caracterizar sintéticamente ese estado es difícil, pero si se acepta recurrir a una combinación de dos sistemas de periodificación diferentes —el de Menghin y el de Willey y Phillips, solución no enteramente satisfactoria— podríamos decir que se trata de un “Arcaico de raigambre epiprotolítica” o de un “Epiprotolítico arcaizado”.

La compatibilidad entre las industrias precerámicas de Cuyo y Sierras Centrales y las “epiprotolíticas” del norte de Patagonia ha sido establecida hasta aquí por vía negativa. Pero si añadimos la semejanza tipológica en puntas de proyectil y raspadores entre las industrias tardías de las dos primeras regiones y los conjuntos del norte de Patagonia donde esos rasgos han aparecido, la contigüidad geográfica comienza a cobrar un sentido. Estamos muy lejos de

poder demostrar la conexión genética ancestral de las industrias de Patagonia septentrional con la matriz de más al norte, pero esa interpretación constituye una alternativa al menos tan válida como la de suponer una ascendencia local independiente, y no puede ser menospreciada.

Es verdad que en Patagonia septentrional hay conjuntos arqueológicos que carecen de puntas de proyectil, de raspadores estandarizados y de piedras de molienda, por lo que habitualmente son considerados más antiguos. Si tal fuera el caso, la aparición en la región de esos rasgos sería resultado de préstamo cultural tardío —como también lo sostiene la versión canónica mediante el recurso de un supuesto proceso de “paraneolitización”— y en tal caso no podrían servir como indicio del origen genético de la cultura. Pero hasta ahora no hay otro dato en respaldo de la diacronicidad que la presunción de que por tener utensilios más toscos deben ser necesariamente más antiguos (los supuestos fechados sobre la base de la curva de Auer no son confiables, y deben ser desechados). Con referencia a esos conjuntos —Protosanmatiense y fases iniciales del Puntarrubiense y el Sanmatiense costeros— se abren estas tres posibilidades:

- 1) que representen la expansión de una hipotética primera oleada de poblamiento del Noroeste, anterior a su “arcaización” (es decir, a la adopción de puntas de proyectil líticas y piedras de molienda);
- 2) que representen una expansión tardía y pauperizada desde el Noroeste, en cuyo caso la ausencia original en el norte de Patagonia de esos elementos se debería al cambio de ambiente;
- 3) que representen una expansión tardía desde el Noroeste, con empobrecimiento selectivo de algunos rasgos y ausencia de otros en algunos sitios debida al azar y a la especificidad (funcional o estacional) de las tareas cumplidas en esas localizaciones.

Las piedras de molienda *parecen* ser mucho más tardías en Patagonia que en Cuyo o Sierras Centrales; hasta ahora su aparición documentada más antigua es la registrada por Aguerre en el nivel 5 de la Cueva de las Manos, fechado radiocarbónicamente en 1430 A. C. (Aguerre, 1979, pág. 137). Nada impide que la penetración de piedras de molienda hacia el sur se haya visto frenada largo tiempo por la escasez de recursos vegetales susceptible de tratamiento con ese elemento, pero parece difícil que la situación se haya repetido con las puntas de proyectil de piedra tallada (que en la nueva región habrían seguido siendo eficaces). Por lo tanto, para explicar los sitios que carecen de ambos elementos quedan abiertas las alternativas primera y tercera.

Ante la ya mencionada falta de dataciones fehacientes, por el momento no hay posibilidades de resolver la cuestión. Hay que recordar, empero:

- 1) la existencia de una capa de poblamiento en el Noroeste argentino anterior a la irrupción de las puntas lanceoladas y almendradas de tipo Ayampitín, caracterizada por la carencia de armas arrojadas con punta de piedra tallada, es también materia altamente controvertible. Por lo tanto, en virtud del principio de Occam la primera de las tres alternativas propuestas no queda refutada, pero sí debilitada en su credibilidad;
- 2) los datos históricos indican que el tramo de costa norpatagónica en el que aparecen las industrias Sanmatiense, Puntarrubiense y Norpatagónica era pobre en guanacos (Falkner, 1774, pág. 130 de la ed. 1957),

y las armas arrojadas de punta fija no son apropiadas para capturar lobos y elefantes marinos; sólo en San Blas parecen haber sido abundantes los venados. Por lo tanto, no debe llamar la atención el hecho de que en algunos de esos sitios no se encuentren puntas de proyectil de piedra tallada; aparte hay que tener en cuenta también la posible existencia de localizaciones de taller y el uso de la materia prima allí disponible.

Por consiguiente, la tercera posibilidad (empobrecimiento selectivo y ausencia de rasgos por especificidad de funciones) parece más plausible para la mayoría de los casos en discusión. No es aplicable, empero, en lo que hace a la falta de puntas de proyectil de piedra tallada y otros tipos especializados en la industria Protosanmatiense del Neuquén. Para explicar esa circunstancia, podríamos recurrir a otras causas, pero esto involucraría que también nosotros penetremos en una madeja de suposiciones. Por lo tanto, a título *provisional* mantendré para esa única industria el rótulo de epiprotolítica. Esto no significa reconocerle automáticamente gran antigüedad: *si es que esos conjuntos representan el instrumental total de sus autores* (lo que todavía debe ser examinado en profundidad), sólo implicaría que podrían haber sido confeccionados antes del 2000 a. C. (sin que sepamos cuánto antes).

En síntesis: del enfoque de las industrias "epiprotolíticas" como obra de gentes genéricamente emparentadas con los habitantes antiguos de Cuyo y Sierras Centrales se desprende:

- 1) a partir de una matriz epiprotolítica cronológicamente aun más retrasada que más al norte, los habitantes de Pampa occidental y del norte de Patagonia habrían participado marginalmente —y probablemente de manera más receptiva que activa— de un proceso de "arcaización" consistente en la búsqueda de eficiencia instrumental en direcciones simultáneas y complementarias. Ese proceso habría soslayado el paso por la especialización intensiva en la caza;
- 2) la caracterización de muchas de esas industrias como "epiprotolíticas" (no todas) sería resultado de observaciones en un marco contextual insuficientemente amplio; en ellas llamó a engaño la percepción segmentaria de lo que era tan sólo una continuidad de sustrato, no una estructura total. También debió influir el preconceito contra el que acertadamente protestó Cardich (1973, pág. 121);
- 3) es preciso tomar en cuenta la posibilidad de que las piedras de molienda, los tembetás, las orejeras, las placas grabadas, los sobadores, la deformación cefálica intencional, etc., hayan formado parte congénita del proceso aludido en el punto 1); en ese caso, los pueblos "epiprotolíticos" del norte de Patagonia no se habrían "paraneolitizado", pues no habrían recibido esos elementos por imitación inter-cultural, sino habrían sido ellos mismos sus propagadores originales (y sus trasmisores hacia los pueblos miolíticos aun más meridionales). Aunque así no sea interpretado, de todos modos el proceso de "paraneolitización" no sería tal, sino —empleando un nuevo neologismo necesario pese a su disonancia— un proceso de "para-arcaización": se originaba, no en culturas agrícolas y sedentarias, sino en gentes cazadoras y recolectoras de nivel Preformativo, muy anteriores a la penetración del cultivo

en el Noroeste pero dotadas de eficiencia instrumental en las dos direcciones complementarias de la caza y de la recolección (y no en una única de ellas);

- 4) contemplar Patagonia del norte como una franja de contacto entre el avance de grupos con industrias de nivel arcaico —pauperizadas o no— del Noroeste y los grupos cazadores especializados de nivel miolítico de más al sur resulta más “plausible” que imaginar la difícilmente aceptable coexistencia cuatridimensional mencionada al comienzo de esta comunicación. Es indudable que este ensayo necesita muchos retoques, muchas correcciones y muchas precisiones, pero a mi entender ayuda a reconstruir una prehistoria de Patagonia fundada sobre seres humanos, no a pesar de ellos.

Buenos Aires, octubre de 1982

BIBLIOGRAFIA CITADA

- AGUERRE, ANA MARGARITA. 1975. “Acerca del Protosánmatiense”. En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, tomo IX, Buenos Aires, 1975, págs. 163-176.
- AGUERRE, ANA MARGARITA. 1978. “A propósito de un nuevo fechado radiocarbónico para la Cueva de las Manos (Alto Río Pinturas, provincia de Santa Cruz)”. En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, tomo XI (1977), Buenos Aires, 1978, págs. 129-142.
- AGUERRE, ANA MARGARITA. 1979. “Observaciones sobre la industria Toldense”. En *Sapiens*, n° 3 (1979), Chivilcoy, págs. 35-54.
- ASCHERO, CARLOS A. 1975. “Secuencia arqueológica del Alero de las Manos Pintadas (Las Pulgas, departamento Río Senguerr, Chubut)”. En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, tomo IX, Buenos Aires, 1975, págs. 187-209.
- AUER, VÄINÖ. 1970. “The Pleistocene of Fuego-Patagonia”. Parte V: “Quaternary problems of southern South America”. *Annales Academiae Scientiarum Fennicae*, serie A III (Geologica-geographica), n° 100, Helsinki, 1970, 194 págs.
- AUER, VÄINÖ. 1974. “The isohrythmicity subsequent to the Fuego-patagonian and Fennoscandian ocean level transgressions and regressions of the latest glaciation”. *Annales Academiae Scientiarum Fennicae*, serie A III (Geologica-geographica), n° 115, Helsinki, 1974, 88 págs.
- AUSTRAL, ANTONIO GERÓNIMO. 1965. “Investigaciones prehistóricas en el curso inferior del río Sauce Grande (partido de Coronel de Marina Leonardo Rosales, provincia de Buenos Aires, República Argentina)”. En *Trabajos de Prehistoria del Seminario de Historia Primitiva del Hombre de la Universidad de Madrid y del Instituto Español de Prehistoria del Consejo Superior de Investigaciones Científicas*, tomo XIX, Madrid, 1965, 123 págs.
- BORDES, FRANÇOIS. 1950. “Principes d'une méthode d'étude des techniques de débitage et de la typologie du Paléolithique ancien et moyen”. En *L'Anthropologie*, tomo 54, n° 1-2, París, mayo de 1950, págs. 19-34.
- BÓRMIDA, MARCELO, s.f. “Prolegómenos para una arqueología de la Pampa bonaerense”. La Plata, edición oficial, s.f. (circa 1963-1966), 142 págs.
- BÓRMIDA, MARCELO. 1962. “El Jabaliense”. En *Trabajos de Prehistoria del Seminario de*

- Historia Primitiva del Hombre de la Universidad de Madrid y del Instituto Español de Prehistoria del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, tomo VI, Madrid, 1962, 55 págs.
- BÓRMIDA, MARCELO. 1964. "Arqueología de la costa norpatagónica". En *Trabajos de Prehistoria* del Seminario de Historia Primitiva del Hombre de la Universidad de Madrid y del Instituto Español de Prehistoria del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, tomo XV, Madrid, 1964, 108 págs.
- BÓRMIDA, MARCELO. 1969. "El Puntarrubiense". En *Trabajos de Prehistoria*, vol. XXVI, Madrid, 1969, págs. 7-116.
- BÓRMIDA, MARCELO y ETCHEVERRY, MARÍA DEL CARMEN. 1966. "El yacimiento precerámico arcaico de El Sótano (San Antonio Oeste, provincia de Río Negro)". En *Etnia*, n° 4 (julio a diciembre de 1966), págs. 2-10.
- BOSCHIN, MARÍA TERESA y NACUZZI, LIDIA ROSA. 1979 (1980). "Investigaciones arqueológicas en el abrigo de Pilcaniyeu (Río Negro)". En Simposio Dr. Osvaldo F. A. Menghin (21 al 23 de septiembre de 1979), en *Sapiens*, n° 4 (edición especial), Chivilcoy, 1980, págs. 123-129.
- CARDICH, AUGUSTO, CARDICH, LUCIO ADOLFO y HAJDUK, ADAM. 1973. "Secuencia arqueológica y cronológica radiocarbónica de la Cueva 3 de Los Toldos (Santa Cruz, Argentina)". En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, tomo VII, Buenos Aires, 1973, págs. 85-123.
- CARDICH, AUGUSTO y FLEGENHEIMER, NORA. 1979. "Descripción y tipología de las industrias más antiguas de Los Toldos". En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, tomo XII (1978), Buenos Aires, 1979, págs. 225-242.
- FALKNER, THOMAS. 1774. "A description of Patagonia and the adjoining parts of South America: containing...". Hereford, 1774, 144 págs. Las citas están tomadas de la traducción al castellano publicada por Ed. Hachette S.A., Buenos Aires, 1957, 176 págs.
- GAMBIER, MARIANO. 1974. "Horizonte de cazadores tempranos en los Andes centrales argentino-chilenos". En *Hunuc Huar*, tomo II, San Juan, 1974, págs. 43-103.
- GONZÁLEZ, ALBERTO REX. 1962. "La estratigrafía de la gruta de Intihuasi (provincia de San Luis, Argentina) y sus correlaciones con otros sitios precerámicos de Sud América". En *Revista del Instituto de Antropología*, vol. I (1960), Córdoba, 1962, págs. 1-302.
- GRADIN, CARLOS J., ASCHERO CARLOS A. y AGUERRE, ANA MARGARITA. 1977. "Investigaciones arqueológicas en la Cueva de las Manos (Alto Río Pinturas, Santa Cruz)". En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, tomo X (1976), Buenos Aires, 1977, págs. 201-270.
- GRADIN, CARLOS J., ASCHERO, CARLOS A. y AGUERRE, ANA MARGARITA. 1981. "Arqueología del área Río Pinturas (provincia de Santa Cruz)". En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, vol. XIII (1979), Buenos Aires, 1981, págs. 183-227.
- MADRAZO, GUILLERMO B. 1972. "Arqueología de Lobería y Salliqueló (provincia de Buenos Aires)". En *Etnia*, n° 15 (enero a julio de 1972), págs. 1-18.
- MASSONE, MAURICIO M. 1979. "Panorama etnohistórico y arqueológico de la ocupación tehuelche y proto-tehuelche en la costa del estrecho de Magallanes". En *Anales del Instituto de la Patagonia*, tomo 10 (1979), Punta Arenas, págs. 63-107.
- MENGHIN, OSVALDO F. A. 1952. "Fundamentos cronológicos de la prehistoria de Patagonia". En *Runa*, vol. V, Buenos Aires, 1962, págs. 23-43.
- MENGHIN, OSVALDO F. A. 1957 a. "Das Protolithikum in America". En *Acta Praehistorica*, vol. I, Buenos Aires, 1957, págs. 5-40.
- MENGHIN, OSVALDO F. A. 1957b. "Vorgeschichte Amerikas". En: *Oldenbourgs Abriss der Vorgeschichte*, Munich, 1957, págs. 162-218.
- MENGHIN, OSVALDO F. A. 1960. "Urgeschichte der Kanuindianer des sudlichsten Amerika". En *Steinzeitfragen der Alten und Neuen Welt*, Bonn, 1960, págs. 343-375. Las citas están tomadas de la traducción publicada en *Anales de Arqueología y Etnología*, tomo XXVI, Mendoza, 1972, págs. 5-51.
- MENGHIN, OSVALDO F. A. 1963. "Industrias de morfología protolítica en Suramérica". En *Anales de la Universidad del Norte*, n° 2, Antofagasta, 1963, págs. 69-77.

- MERCER, JOHN H. 1968. "Variation of some patagonian glaciers since the late Glaciation". En *American Journal of Science*, vol. 266, n° 2, febrero de 1968, págs. 91-109.
- MERCER, JOHN H. 1970. "Variations of some patagonian glaciers since the late Glacial (II)". En *American Journal of Science*, vol. 269, n° 1, junio de 1970, págs. 1-25.
- MERCER, JOHN H. 1976. "Glacial history of southernmost South America". En *Quaternary Research*, vol. 6, n° 2, junio de 1976, págs. 125-126.
- ORQUERA, LUIS ABEL. 1974. Presentación a "El hombre primitivo en América", de Alex D. Krieger. Ed. Nueva Visión, colección Fichas, n° 32, Buenos Aires, 1974, 163 págs.
- ORQUERA, LUIS ABEL. 1979 (1980). "Geocronología del Cuaternario en Patagonia". En Simposio Dr. Osvaldo F. A. Menghin (21 al 23 de setiembre de 1979), en *Sapiens*, n° 4 (edición especial), Chivilcoy, 1980, págs. 131-138.
- ORQUERA, LUIS ABEL. 1982. "Dos tesis erróneas en cuanto a la prehistoria de Patagonia". Comunicación presentada en el VII Congreso Nacional de Arqueología Argentina (San Luis, noviembre de 1982).
- ORQUERA, LUIS ABEL; PIANA, ERNESTO LUIS; SALA, ARTURO EMILIO y TAPIA, ALICIA HAYDÉE, 1982. "Cuarta y quinta campañas arqueológicas en Tierra del Fuego: el sitio Túnel". Comunicación presentada en el VII Congreso Nacional de Arqueología Argentina (San Luis, noviembre de 1982).
- SANGUINETTI DE BÓRMIDA, AMALIA CARMEN. 1965. "Dispersión y características de las principales industrias precerámicas del territorio argentino". En *Etnia*, n° 1 (enero de 1965), Olavarría, págs. 6-20.
- SANGUINETTI DE BÓRMIDA, AMALIA CARMEN. 1972. Introducción y apéndice a Menghin, 1960, traducción aparecida en *Anales de Arqueología y Etnología*, tomo XXVI.
- SANGUINETTI DE BÓRMIDA, AMALIA CARMEN y SCHLEGEL, MARY LUZ. 1972. "Industrias arcaicas del río Neuquén". En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, tomo VI, Buenos Aires, 1972, págs. 91-108.
- VIGNATI, MILCIÁDES ALEJO. 1934. "Resultados de una excursión por la margen sur del río Santa Cruz". En *Notas Preliminares del Museo de La Plata*, tomo II, Buenos Aires, 1934, págs. 77-151.

Nota de la Dirección: el presente trabajo fue presentado para su publicación en mayo de 1985